**La Gran Plegaria Eucarística** (Continuación) ******

***“Tomen y beban todos de Él, porque éste es el Cáliz de Mi Sangre…***

***Hagan esto en conmemoración mía”***

Nuevamente la invitación a que todos nos abramos al Don que nos ofrece. Al igual que en el caso del Pan, aquí el Señor dice que ésta es Su Sangre y no deja otra posibilidad que interpretar literalmente Sus Palabras.

Valorar lo que significa que Aquel que es la Vida, nos entrega Su Sangre, es decir, Su Vida, ya que recibimos la esencia misma que nos hace vivir. Jesús da Su vida porque nos ama, lo entrega todo esperando, enamorado, que sepamos acogerlo. Muere por todos, a todos quiere rescatar, a todos ofrece Su perdón incondicional.

El sacerdote levanta el Cáliz sobre el altar, momento para adorar al Señor sin decir nada, sin pensar nada, simplemente contemplarlo en silenciosa gratitud y adoración.

¡*Dios ha descendido sobre este lugar!*

***Aclamación:*** Después del momento intenso de la Consagración, se nos invita a reconocer y aclamar nuestra fe en Él, para ello nos ponemos de pie.

El sacerdote que preside la Misa puede usar una de tres fórmulas, siendo la más empleada la primera:

*“Este es el Sacramento de nuestra fe” o “Este es el misterio de la fe”.*

Se nos invita a reconocer que estamos ante el signo sensible del amor de Dios, en el cual creemos. Respondemos: *“Anunciamos tu muerte, proclamamos Tu Resurrección”,* proclamamos que vive, que ha resucitado y esperamos y anhelamos Su segunda venida al final de los tiempos.

*“¡Ven, Señor Jesús!”,* “Maranathá”, expresión de que los creyentes vivimos el amor sostenidos no sólo por la fe sino también por la esperanza de lo que nos aguarda un día: el reencuentro con el Amado, que nos espera.

***Memorial:*** Empleamos las palabras «recuerdo» o «memorial» para describir la siguiente sección de la Plegaria Eucarística, pero estas palabras apenas hacen justicia a los términos en el idioma original. En el Antiguo Testamento, por ejemplo, leemos a menudo que «Dios se acordó de su Alianza». No se trata de que Dios se pudiese olvidar alguna vez de su Alianza; pero, en determinados momentos, la renovaba en beneficio de su Pueblo.

El memorial actualiza el acontecimiento que se conmemora, rebasa los límites del tiempo, del espacio y se hace actual, presente: un único momento en el que todos pueden participar, sin importar lugar, hora, fecha.

El memorial de Jesús actualiza, trae al presente ese único momento de Su entrega por nosotros, a través de su sacerdote renueva su Nueva Alianza.

***Oblación*:** El «memorial» de la Misa no es imaginario, tiene carne, es Jesús en su humanidad glorificada, Él es nuestra ofrenda y unidos a Él nos ofrecemos como Él, por entero, al Padre. Dice el Misal Romano que junto con la Hostia la Iglesia se ofrece al Padre y busca que los fieles aprendan a ofrecerse a sí mismos: *“Te ofrecemos y ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza a Ti, eterno Dios”*, “…*que Él nos transforme en ofrenda permanente”.*

La ofrenda más agradable para Dios Padre es la de Su Hijo, si unimos nuestro ofrecimiento al de Jesús, el Padre la recibe con el infinito gozo y amor con que recibe la de Su Hijo amado.

***Epíclesis de comunión:*** *Invocación al Espíritu Santo*. Cuando nos unimos a Cristo formamos con Él un solo cuerpo, para lograrlo necesitamos de la intervención del Espíritu Santo, que es Espíritu de amor, de comunicación, de unidad.

Así como antes se pidió que el Espíritu Santo transformara el pan y el vino en Cuerpo y Sangre de Cristo, ahora se pide que transforme a esta asamblea reunida aquí en un solo cuerpo cuya cabeza es Cristo. (1Cor 12, 12-13.27-28)

 *“Llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu”*. (PEIII)

Al escuchar estas palabras, pide en tu interior que sepas mantenerte en la unidad, tanto a nivel personal (es decir no aceptar el pecado pues te fractura interiormente y fractura tu relación con Dios y con los demás); y también a nivel comunitario, que sepas ser siempre factor de unión, nunca de división. Ten presente que Jesús oró para que todos fuéramos uno, como el Padre y Él son uno (Jn 17, 20-21).

La Plegaria Eucarística va fluyendo, cada parte se enlaza con otra con perfecta lógica y armonía. Ahora celebramos y expresamos esta unión, estrechando nuestra comunión con otros, intercediendo por ellos.

***Intercesiones*.** Con Jesús mismo nos unimos a su ofrecimiento al Padre y unimos a otros también, oramos a Dios por los vivos y los difuntos, por toda la Iglesia y por el mundo entero.

*“Se da a entender que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia, celeste y terrena… por todos su miembros, vivos y difuntos…”* (IGMR 55)

Ahora es únicamente el sacerdote quien une su intercesión a la de Cristo y, junto con Él, presenta al Padre determinadas intercesiones, ya sea por los que todavía peregrinamos en este mundo o por lo que ya descansan en la paz de Dios. Se enfatiza el sentido de comunión que tenemos unos con otros como miembros del cuerpo de Cristo. Si pensamos que las intercesiones se duplican recordemos que nunca se puede orar “demasiado” por algunas causas, encomendémoslas, por medio de Jesucristo, a la misericordia infinita del Padre.

A lo largo de las intercesiones el sacerdote suele pedir al Padre: “*Acuérdate*”, fórmula empleada en la Sagrada Escritura, para significar que todo lo que pasa por la mente de Dios, es colmado de Su amor y Su ternura. Al decirle “*ten esto en mente*”, tengamos la seguridad de que aquellos por los que intercedemos serán colmados de “gracia y bendiciones”.

Hay diversas intenciones que el sacerdote va diciendo a lo largo de la Plegaria Eucarística, estar atenta para captarlas y acogerlas en tu interior y orar por ellas y así no queda nadie excluido del cuidado universal de la Iglesia que encomienda a la amorosa oración intercesora de Jesucristo, a todos los seres vivos y difuntos, ya que todos gozan de la misericordia infinita del Padre. Todo lo pedimos por Él, todo lo recibimos gracias a Él. Acojamos a María en nuestro corazón como hijas suyas ya que ella nos cuida y nos protege como Madre nuestra. Ella supo acoger en su seno a Aquél a quien nosotros acogemos en la Eucaristía, (fue su primer Sagrario) y a lo largo de toda su vida se mantuvo en perfecta comunión espiritual con Él.

***Doxología***. En el final de la Plegaria Eucarística se resume todo, se le da el sentido a todo. Lo llamamos «doxología», que en griego significa «palabra de gloria». El sacerdote levanta el cáliz y la hostia, refiriéndose ahora a ellos como Él. Es Jesús y «*por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos*». En este momento, nuestro ***«¡Amén!»*** debería retumbar; tradicionalmente se le llama «*el gran Amén*», termina de una manera solemne y llena de significado, expresa tu asentimiento a todo lo que se ha dicho y realizado en la Plegaria eucarística. Pídele saber vivir confiada en Su Palabra, que Él viva en ti y tú en Él.

**Práctica Semanal**: *Ofrecimiento diario*: Toma y recibe Señor, toda mi libertad, mi entendimiento, mi voluntad, cuanto soy y cuanto tengo. Tú me lo has dado, te lo devuelvo y te lo entrego para que dispongas absolutamente según Tu voluntad. Concédeme tan sólo amarte como Tú me amas, con eso seré tan rica, que no pediré ya nada más. Amén. (San Ignacio de Loyola).